

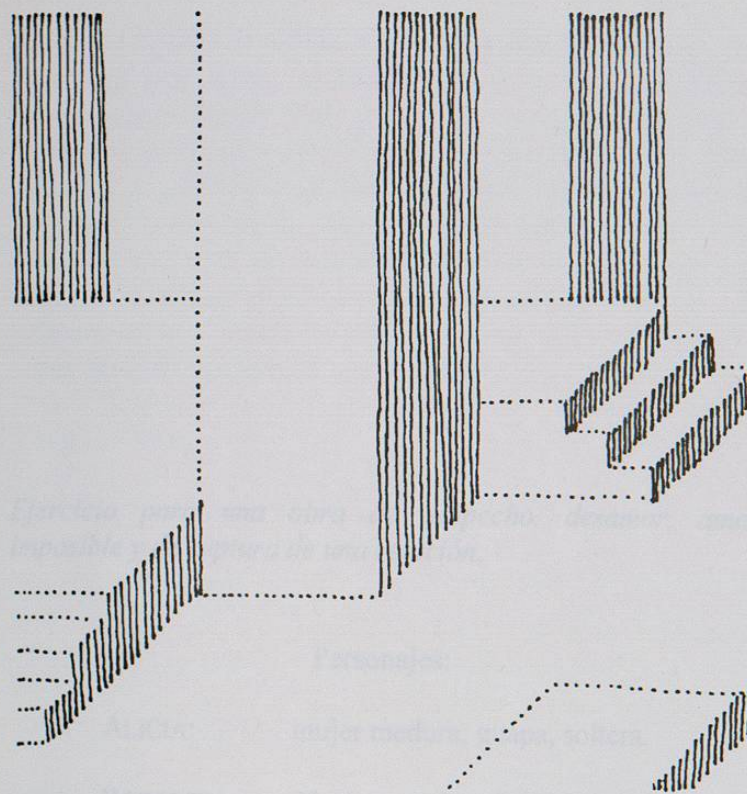
TAMARA.- (*Ídem.*) ¡Soy mamá! Tengo cuatro hijas y ustedes van a ser sus madrin... ¡y un padrino!

GALILEO.- (*Tocando a Ulises.*) Soy Patroclo... me hice hombre... para estar contigo. (*Júbilo.*)

ULISES.- ¡Ah! y también bailamos... melodías que nos llenan el corazón.

(*Se quitan sus gabardinas, usan vestuarios ad hoc para número musical de agradecimiento. Lakmé en versión nueva, versión feliz.*)

TELÓN



## *Pasas por el abismo de mis tristezas*

Pieza de  
Rubén González Garza



Roberto a quien llamaremos Beto, saca su teléfono correcto, en tanto que Alicia, a medida que bebe, va perdiendo su seguridad y hablará en un tono vulgar. Después de su apariencia. Al levantarse el teléfono, Alicia puede sentir, pero su reloj, se asoma por la ventana, se mira al espejo, se mira suena el timbre de la calle. Alicia se impulsa, pero se impulsa es abrir de inmediato, pero se impulsa es abrir de espejo, se corrige el peinado y repasa sus labios. Espera a que suene el timbre varias veces, aparentando mucha calma. Por fin abre.

ALICIA.- Hola, pasa.

*Ejercicio para una obra de despecho, desamor, amor imposible y de ruptura de una relación.*

ALICIA.- ¡Lo ves!

BETO.- ¿Vas a salir? Personajes:

ALICIA.- Soy una mujer madura, guapa, soltera.

BETO.- ROBERTO: 28 años, ni guapo, ni feo; pero sí con algunos rasgos de inteligencia, que brillarán en un diálogo salpicado de ironía y de brutal franqueza.

BETO.- Ah, sí.

ALICIA.- Todos los anteriores te casaban siempre y te hacían estornudar. (Trata de sonreír.) (Te acuerdas?)

BETO.- Sí. (Pausa incómoda.)

ALICIA.- ¿Quieres beber algo?

BETO.- Lo de siempre.

ALICIA.- Sírvete por favor. (Se levanta.)



BETO.- *(Elevando la voz)* No voy a quedarme mucho rato.

ALICIA.- *(Desde la cocina.)* ¿Qué dices?

BETO.- *(En voz alta.)* ¡Que no voy a quedarme! *(Silencio.)* Tengo un compromiso. *(Silencio.)* ¿Puedo usar el teléfono? *(Marca un número.)* ¿Está Rodrigo?... ¿Puedo dejarle un recado?... Que habló Roberto. Que nos vemos donde siempre.

ALICIA.- *(Entrando con un recipiente con hielos.)* ¿Decías?

BETO.- Usé tu teléfono.

ALICIA.- Ah. *(Pausa.)*

BETO.- Me tomo una copa y me voy.

ALICIA.- ¿Por qué tanta prisa?

BETO.- Estoy en exámenes, nos vamos a juntar en casa de un amigo... para estudiar. Le acabo de hablar.

ALICIA.- Sí, me di cuenta. ¿Te sirves o te sirvo?

BETO.- Poco hielo, por favor.

ALICIA.- Mejor sírvete. *(Beto lo hace. Alicia, muy seria.)* ¿Por qué no me hablaste ayer?

BETO.- Para qué, si iba a venir hoy.

ALICIA.- ¿A decirme que tienes un compromiso y no te puedes quedar?

BETO.- Así es.

ALICIA.- No te hubieras tomado la molestia.

BETO.- No te entiendo.

ALICIA.- ¡Yo tampoco a ti!

BETO.- Pues estamos iguales entonces.

ALICIA.- *(Después de una pequeña pausa.)* Beto, ¿qué quieres?

BETO.- ¿De qué?

ALICIA.- ¿De qué va a ser?

BETO.- Sigo en las mismas.

ALICIA.- De un tiempo para acá, no eres el mismo; has cambiado mucho.

BETO.- ¿Tú crees?

ALICIA.- ¿Sabes una cosa? El papel de cínico no te va muy bien.

BETO.- No estoy representando ningún papel. Así soy, si antes no te diste cuenta, lo siento por ti.

ALICIA.- *(Conteniendo el coraje.)* No lo sientas tanto, te puede hacer daño.

BETO.- Bueno, me voy.

ALICIA.- No le has dado ni un trago a tu bebida.

BETO.- Ah, sí. *(Bebe un gran trago.)* ¿Satisfecha?

ALICIA.- *(Ríe a carcajadas.)* Qué niño eres.

BETO.- ¿Por fin? Primero cínico, y ahora niño.

ALICIA.- Un niño cínico. *(Vuelve a reír.)*



BETO.- *(Elevando la voz)* No voy a quedarme mucho rato.

ALICIA.- *(Desde la cocina.)* ¿Qué dices?

BETO.- *(En voz alta.)* ¡Que no voy a quedarme! *(Silencio.)* Tengo un compromiso. *(Silencio.)* ¿Puedo usar el teléfono? *(Marca un número.)* ¿Está Rodrigo?... ¿Puedo dejarle un recado?... Que habló Roberto. Que nos vemos donde siempre.

ALICIA.- *(Entrando con un recipiente con hielos.)* ¿Decías?

BETO.- Usé tu teléfono.

ALICIA.- Ah. *(Pausa.)*

BETO.- Me tomo una copa y me voy.

ALICIA.- ¿Por qué tanta prisa?

BETO.- Estoy en exámenes, nos vamos a juntar en casa de un amigo... para estudiar. Le acabo de hablar.

ALICIA.- Sí, me di cuenta. ¿Te sirves o te sirvo?

BETO.- Poco hielo, por favor.

ALICIA.- Mejor sírvete. *(Beto lo hace. Alicia, muy seria.)* ¿Por qué no me hablaste ayer?

BETO.- Para qué, si iba a venir hoy.

ALICIA.- ¿A decirme que tienes un compromiso y no te puedes quedar?

BETO.- Así es.

ALICIA.- No te hubieras tomado la molestia.

BETO.- No te entiendo.

ALICIA.- ¡Yo tampoco a ti!

BETO.- Pues estamos iguales entonces.

ALICIA.- *(Después de una pequeña pausa.)* Beto, ¿qué quieres?

BETO.- ¿De qué?

ALICIA.- ¿De qué va a ser?

BETO.- Sigo en las mismas.

ALICIA.- De un tiempo para acá, no eres el mismo; has cambiado mucho.

BETO.- ¿Tú crees?

ALICIA.- ¿Sabes una cosa? El papel de cínico no te va muy bien.

BETO.- No estoy representando ningún papel. Así soy, si antes no te diste cuenta, lo siento por ti.

ALICIA.- *(Conteniendo el coraje.)* No lo sientas tanto, te puede hacer daño.

BETO.- Bueno, me voy.

ALICIA.- No le has dado ni un trago a tu bebida.

BETO.- Ah, sí. *(Bebe un gran trago.)* ¿Satisfecha?

ALICIA.- *(Ríe a carcajadas.)* Qué niño eres.

BETO.- ¿Por fin? Primero cínico, y ahora niño.

ALICIA.- Un niño cínico. *(Vuelve a reír.)*



BETO.- Y tú...

ALICIA.- Dilo.

BETO.- Para qué, si ya lo sabes.

ALICIA.- (*Jugando un poco.*) Sí, soy una bruja que lo sabe todo.

BETO.- Y que con sólo oler el vino se vuelve...

ALICIA.- ¿Me vuelvo?

BETO.- Interpreta mi silencio.

ALICIA.- ¿Alegre, simpática, cariñosa?

BETO.- Sobre todo simpática y... ridícula.

ALICIA.- (*Furiosa.*) ¡Bueno, ya basta! ¿Qué te has creído? ¡Eres un idiota, un engreído!

BETO.- (*Bebe apresuradamente.*) ¡Gracias!

ALICIA.- De nada. (*Pausa.*) Esto nunca nos había pasado.

BETO.- Pero ya pasó. Todo puede ocurrir en una relación como la nuestra.

ALICIA.- ¿Qué tiene de especial nuestra relación?

BETO.- Tú lo sabes mejor que yo.

ALICIA.- No, no lo sé, tú dímelo.

BETO.- No quiero lastimarte más de lo que supongo he estado haciendo durante todos estos años.

ALICIA.- Lo reconoces.

BETO.- No fue mi culpa.

ALICIA.- ¿Y mía sí?

BETO.- Esto ya parece un programa de preguntas y respuestas. (*Beto bebe. Suena el teléfono. Alicia se sirve otra copa. El teléfono sigue sonando.*) ¿No vas a contestar?

ALICIA.- Contesta tú.

BETO.- ¿Estás segura?

ALICIA.- ¿Por qué no? (*El teléfono sigue sonando.*)

BETO.- ¿Eso no te compromete en nada?

ALICIA.- A mí ya nada me importa.

BETO.- De pronto te volviste valiente. ¿Y si es tu hermano?, ¿o alguien que pregunte quién soy?

ALICIA.- Contesta. (*Beto descuelga el teléfono y se lo da a Alicia. Ésta lo toma.*) ¿Diga? Colgaron.

BETO.- Qué suerte ¿Y si es algo importante?

ALICIA.- Volverán a llamar, no te preocupes.

BETO.- No. Por mí...

ALICIA.- Ya sé que a ti todo te da igual.

BETO.- No todo.

ALICIA.- ¿Y bien...?

BETO.- Me voy.

ALICIA.- Creí que querías aclarar algo.

RAUL RANGEL FRIAS  
DANI



BETO.- Después. Otro día.

ALICIA.- ¿Por qué no ahora mismo?

BETO.- Me están esperando, ya te lo dije.

ALICIA.- ¿Valen más esos amigos tuyos que yo?

BETO.- (*Duda.*) Bueno, déjame llamar. (*Mientras Beto llama, Alicia, con cierto aire de triunfo, sirve otras copas.*) Discúlpame otra vez, yo, Roberto... ¿No ha llegado?... Qué raro. No, déjalo, yo vuelvo a llamar. (*Pausa.*) Bueno sí, dile que nos vemos para llevarle sus libros. Gracias. (*Cuelga.*)

ALICIA.- ¿Qué lees ahora?

BETO.- A Cortázar, entre otros que estoy obligado por la escuela, ¿y tú?

ALICIA.- “La muerte y otras sorpresas” de Benedetti. Qué curioso, el día que llamaste para decirme “ya no quiero seguir engañándote”, estaba leyendo en uno de sus cuentos, algo que decía más o menos así: “inevitablemente la conmiseración cubría los rebajamientos del amor verificados en nueve años de erosión matrimonial.” Nueve años, ¿te das cuenta? El mismo tiempo que tenemos de conocernos, ¿o más? Casi diez, ¿no?

BETO.- Creo que sí.

ALICIA.- Esa noche quise a toda costa dejar de pensar, y seguí leyendo hasta que terminé el libro. Dormí un poco, pero desperté muy temprano y ya no pude conciliar el sueño.

BETO.- (*Después de una pausa.*) Yo no sé si a otras personas les haya sucedido así, pero de pronto me di cuenta de que ya no era posible seguir esta relación.

ALICIA.- ¡Y bueno, ya lo dijiste! Creo que eso fue lo que contesté.

BETO.- Y colgaste, sin esperar otra explicación.

ALICIA.- ¿Para qué? Fue tan brutal para mí. Aunque debo confesarte que yo misma me sorprendí de mis palabras. De pronto no sentí nada, como cuando te cortas un dedo, sólo ves correr la sangre, pero sientes la herida caliente, palpitante. Y me puse a reconstruir tus palabras: “no quiero seguir engañándote”.

BETO.- Y esa es la verdad.

ALICIA.- Pero... ¿desde cuándo?

BETO.- ¿Recuerdas que un día te dije que quería tomarme unas vacaciones? Nunca pude ir con mi tío que vive en Oklahoma.

ALICIA.- ¿El que escribe sobre temas esotéricos?

BETO.- Bueno, no escribe sobre esos temas, pero para el caso da lo mismo.

ALICIA.- (*Irónica.*) O de “recetas” para el buen comportamiento.

BETO.- (*Molesto.*) Bueno, eso, lo que sea. El caso es que yo quería irme para pensar y saber qué me estaba pasando.

ALICIA.- Cuando hablaste de eso, yo pensé que se trataba de un problema existencial, relacionado con tu ateísmo.

BETO.- No, eso ni me preocupa.

ALICIA.- Bueno, ¿y qué?

BETO.- Pues que desde entonces quería decírtelo y no hallaba cómo.

ALICIA.- Y se te hizo fácil coger el teléfono y decir: “¡no quiero seguir engañándote!” Así, de buenas a primeras, parece un rasgo de sinceridad, vamos a cortar por lo sano; pero en el fondo lleva una gran carga de agresividad, Beto ¿te das cuenta?



BETO.- ¿Hubieras preferido que te siguiera engañando?

ALICIA.- Viene a cuento otro cuento, valga la redundancia, de un libro y un autor, que ni por asomo se te ocurriría abrir.

BETO.- ¿Y por qué?

ALICIA.- Porque el autor es jesuita. Bueno, era, ya murió.

BETO.- Ah, sí. Me has hablado de él.

ALICIA.- No, yo te he hablado de Bernanós, de una época muy distinta.

BETO.- Bueno, ¿y qué dice el señor ése? Si es sobre religión, ni empieces.

ALICIA.- No, es sobre la verdad.

BETO.- *(Viendo su reloj.)* ¿Vas a tardar mucho?

ALICIA.- Después de todo, no es tan importante.

BETO.- Como gustes. *(Pausa.)*

ALICIA.- Lo importante de nuestra relación fue que podíamos hablar de cosas trascendentes.

BETO.- De acuerdo.

ALICIA.- *(Con dificultad.)* Para ti será fácil conseguir otra amistad, otro amor. En un descuido lo has tenido todo ese tiempo y nos has engañado a las dos.

BETO.- Te juro que...

ALICIA.- ¿Entonces? *(Beto va a decir algo. Suena el teléfono. En esta ocasión, Alicia se precipita a contestar.)* ¿Bueno? Ah, hola ¿qué tal? Sí,... sí, estaba... más bien, iba llegando, me

entretuve un rato en la cocina y ya para cuando llegué, habías colgado... No, gracias a Dios estoy bien... precisamente... parece que las ideas rebotan y... sí, la telepatía... ¿Te gustó? Claro, lo dice en el prólogo, está escrito para gente de cualquier creencia, religiosa o no religiosa *(Voltea a ver a Beto.)* Sí... son cuentos tomados de la filosofía Zen, de Buda y de Cristo, por supuesto... Qué bueno que te gustó, no hallaba qué regalarte, prima. A mí, Anthony de Mello me encanta... pues qué bueno, cuando gustes. *(Voltea a ver a Beto, como diciendo: ¡cómo habla!)* Oye, qué coincidencia, estoy asombrada, precisamente hablaba con una persona de ese cuento. Lo importante, sí... *(Levanta la cabeza viendo al techo.)* ¿Te refieres a la tienda de la verdad? Sí, cuando buscas la verdad vas sola, la senda es demasiado estrecha para llevar compañía... Sí, claro... Pero, ¿quién puede soportar semejante soledad? *(Se ríe.)* Lo importante es no saber que te están engañando, aunque lo sospeches. *(Ríe.)* Cómo eres... Bueno, sí... o te vienes tú una tarde de éstas, gracias, hasta luego. *(Cuelga. Ve a Beto.)* Mi prima Clarita, le regalé en su cumpleaños el libro del que te iba a hablar.

BETO.- Simpática tú prima...

ALICIA.- Sí. Además ella vive sin prejuicios de ninguna naturaleza.

BETO.- Te pone el ejemplo.

ALICIA.- Solamente que ella está completamente sola. Sus hijas están casadas y viven en el extranjero.

BETO.- Y el joven que me presentó, es su amante, ¿no es así? Tú no te atreviste a presentarme como tu amante.

ALICIA.- Qué bueno que no lo hice. En este momento tendría que darle explicaciones de tu ausencia.

BETO.- ¿A ella y a quién más?



ALICIA.- A nadie más. Clarita sospecha... Bueno, no. Ella sí sabe de nuestra relación.

BETO.- Ése ha sido siempre tu problema: ocultar, disimular.

ALICIA.- Y el tuyo también. Al principio, no lo olvides, cuando yo salía de la facultad y te daba *ride*, me pedías que no te llevara hasta tu casa, por "el qué dirán". ¿Te acuerdas? Yo, como nada debía, nada temía. Pero tú ya sabías lo que querías y te anticipabas a un posible problema con tus padres o con tus amigos. ¿Qué dirán?, me llegaste a decir, que una mujer mayor, que además es su maestra, lo traiga hasta su casa. Esto está muy mal visto.

BETO.- Pero después ya no me importó.

ALICIA.- Claro, creciste y yo envejecí. Diez años son muchos años para una mujer que nunca tuvo un amor. Imagínate cómo me sentía, y cómo me siento ahora: *(Ríe a carcajadas.)* pervertidora de menores. A nadie se le podría haber ocurrido entonces que quien me pervertía eras tú ¿Quién podría creer que los primeros besos apasionados provenían de un joven que podría ser mi hijo? ¿Podría alguien creer que ese jovencito, recién egresado de la preparatoria, fuera capaz de enamorar a la experimentada maestra de letras?

BETO.- Tu apariencia era mundana. Mi sorpresa mayor fue comprobar que eras virgen.

ALICIA.- Eso te hizo sentir muy importante... o no sé... Creo que hemos desviado demasiado la conversación.

BETO.- Está bien, desahógate.

ALICIA.- Al fin y al cabo no nos volveremos a ver, ¿no es así?

BETO.- Podemos seguir siendo amigos.

ALICIA.- ¿Qué clase de amigos? Amistad, ¿como la de quién? Como la de tanta gente que conozco, que te dice: "a ver cuándo nos vemos, nos tomamos un café y platicamos", y pasan los años y no los vuelves a ver, y luego, por casualidad, después de mucho tiempo, te los vuelves a encontrar más viejos y cansados, y te vuelven a repetir lo mismo: "a ver cuándo nos vamos a recordar los viejos tiempos", y te cierran un ojo o te hacen una seña obscena. Entonces te das cuenta de que te confundieron o que son unos patanes maleducados.

BETO.- No creo que sea nuestro caso.

ALICIA.- No, Beto, prefiero no verte más. Yo no podría, no soportaría verte feliz con otra gente. No es egoísmo, comprendeme. Trataré de olvidarte y... *(El llanto le ahoga las palabras. Beto trata de acercársele y abrazarla, pero se detiene.)*

BETO.- No estarás sola.

ALICIA.- No, me acompañarán los libros. Las personas que tienen la costumbre de leer, jamás estarán solas. Cada semestre repito esas palabras, así que no te preocupes; seguiré viajando, soñando, esperando, a través de mis amigos los libros.

BETO.- Y un día encontrarás quién te comprenda.

ALICIA.- ¡No seas estúpido, Beto! ¿A mi edad? Yo no necesito comprensión; lo que creía tener ya lo perdí. Lo que yo necesito es calor humano, saber que la mano que estrecho, el pelo que acaricio, en cierta forma son míos ¡Pero yo viví engañada y no me importa!

BETO.- Está bien, no te exaltes. Te comprendo, pero no lo puedo remediar.

ALICIA.- Yo nunca estuve segura de tu amor. Cuántas veces te pregunté ¿Me quieres, Beto? Y tu respuesta siempre fue la



misma: ¿acaso no estoy aquí? Yo me quedaba conforme; lo más tierno que llegaste a decirme, y de esto no hace mucho, ya para irte te estreché en mis brazos y te dije: "Te quiero mucho, Beto". Me contestaste: "yo también". En tanto tiempo de convivir juntos, nunca te escuché decir "te quiero", ni siquiera "me gustas". *(Pausa llorosa.)* En fin, eso ya no tiene importancia. Estaba conforme con tu cariño a medias; mi amante de cada quince días. ¿Crees que no lo sabía, que no me daba cuenta? Venías cada día de pago.

BETO.- ¡Mientes!

ALICIA.- Bueno, no; siempre esperaste a que fuera sábado o domingo.

BETO.- ¡Jamás te pedí dinero!

ALICIA.- *(Tranquila.)* Pero aceptabas el que te daba.

BETO.- *(Pausa.)* Un día te lo voy a pagar todo.

ALICIA.- *(Se ríe.)* ¿Con intereses?

BETO.- *(Conteniendo la ira.)* Pensaba irme ya, pero... ¿puedo servirte otra copa?

ALICIA.- Llena mi vaso también.

BETO.- *(Después de beber. Recalcando.)* Ahora escúchame tú.

ALICIA.- Soy toda oídos.

BETO.- No sé cómo empezar.

ALICIA.- Hazlo desde el principio.

BETO.- Bueno, es verdad. Al principio... ¿te acuerdas de Johnny?

ALICIA.- Creo que sí.

BETO.- ¡Ése!

ALICIA.- ¿El que fumaba un cigarrillo tras otro? Y, bueno, ¿qué con él?

BETO.- Cuando el Johnny te veía pasar por los corredores de la escuela, comenzó a decirme que estabas muy apetecible. Fruta madura, te decía, y yo empecé a verte, a observarte. Me recordabas a no sé quién.

ALICIA.- A tú mamá, seguramente.

BETO.- Después descubrí que eras mayor que mamá. Ya para entonces, sabía todo ese rollo del complejo edipiano, o como se llame. Lo cierto es que me excitaba verte subir las escaleras con tus movimientos sinuosos y bien cuidados. Un día me tropecé contigo, me dijiste torpe, y otras cosas. Al semestre siguiente, me tocó estar en tu clase y te confesé, lo recordarás, que aquel tropiezo no fue casual, sino que me interesaba mucho conocerte, y te pedí el autógrafo; tu pequeño libro de poemas acababa de salir; tu actitud cambió, te pusiste feliz y me invitaste a una conferencia sobre Sabines, que se daría esa noche. Y así empezó todo.

ALICIA.- Muy interesante.

BETO.- Pero la verdad es otra.

ALICIA.- ¿Ah, sí? *(Hay relámpagos y empieza a llover.)*

BETO.- Todo comenzó con una apuesta que le hice al Johnny, y así, de apuesta en apuesta, me metí en tu casa, y después en tu cama.

ALICIA.- Una apuesta que duró diez años. *(Pausa.)*

BETO.- Me acostumbé a ti, a tu buen trato, a tus jabones perfumados, a tus libros, tus discos, tu refinamiento. En la cama, jamás fuiste mejor que la más torpe de mis compañeras de clase con las que me acosté.